

Domingo 7 de enero de 2024

“LA IMPUREZA ES INCOMPATIBLE CON LA SANTIDAD DE DIOS”.

Lección: Números 5:1 al 4. Jehová habló a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel que echen del campamento a todo leproso, y a todos los que padecen flujo de semen, y a todo contaminado con muerto. Así a hombres como a mujeres echaréis; fuera del campamento los echaréis, para que no contaminen el campamento de aquellos entre los cuales yo habito. Y lo hicieron así los hijos de Israel, y los echaron fuera del campamento; como Jehová dijo a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel.

Comentario general del contexto bíblico: «Mantener limpio el campamento»:

Antes de que los peregrinos comenzaran su viaje, recibieron instrucciones cruciales acerca de sus responsabilidades espirituales, morales y sociales. Tres temas distintivos que se tratan en este capítulo se refieren al bienestar físico, ético y espiritual de esta comunidad en el desierto y las generaciones futuras. Son las impurezas físicas (1–4), las ofensas morales (5–10) y las tensiones domésticas (11–31).

Impurezas físicas (5:1–4)

Ahora, se les presta atención a aquellos temas que, aunque tienen una importancia divina, también son importantes física y socialmente en el viaje a través del desierto. La máxima prioridad era mantener el campamento libre de enfermedades o infecciones. Han aparecido temas similares tanto en Éxodo como en Levítico y se repetirán a lo largo del extenso mensaje de Moisés, que se conserva en Deuteronomio, cuando el viaje por desierto llegaba a su fin.

El Dios de Israel es santo, así que el comportamiento diario no debe ir en contra de ese atributo divino. Prácticas que corrompen no deben tener lugar dentro del campamento. Tres fuentes potenciales de peligro se resaltan en esta primera norma. Una persona *leprosa* era una amenaza para una comunidad primitiva. Cualquier *flujo* también se podía considerar un peligro potencial y, bajo el calor sofocante del desierto, un cuerpo en descomposición suponía un riesgo muy serio. Las enfermedades podían extenderse como un fuego incontrolado. Cualquiera que llegara a estar en contacto directo con un cadáver mientras atendía con amor a un pariente fallecido podía transmitir una enfermedad sin darse cuenta. Junto con las otras dos posibilidades de contagiar enfermedades, esa persona tenía que pasar algún tiempo fuera del campamento para cerciorarse de que era seguro regresar a esta comunidad nómada y muy vulnerable.

Detrás de esta primera serie de instrucciones sanitarias para la comunidad, había tres grandes temas doctrinales: la pureza, la presencia y la palabra de Dios.

— En primer lugar, Dios es santo. Estos transmisores potenciales de infección podían contaminar *su campamento*, un lugar en el que un Dios puro y santo había prometido habitar. Quitar de en medio a personas potencialmente dañinas temporalmente se convertía en una necesidad, además de un remedio para salvaguardar a la comunidad

— En segundo lugar, Dios está presente. Esta comunidad peripatética era el lugar *donde yo habito en medio de ellos*. Su sensibilidad hacia la presencia declarada de Dios era un factor crucial en su entendimiento del bienestar de la comunidad. No querían ofender al ojo de un Dios infinitamente puro, omnisciente y omnipresente.

— En tercer lugar, Dios habla. Cada uno de los tres problemas potenciales, físicos, morales y domésticos, que se tratan en este capítulo se presentan con una introducción idéntica: *Y hablo el SENOR a Moisés* (1, 5, 11). Había hablado claramente a su pueblo acerca de tales asuntos y la total obediencia es un requisito divino. En los temas físicos (1–4), al menos, hicieron *tal como el SENOR había dicho a Moisés*. Reconocieron la sabiduría de estas instrucciones tan protectoras, no importa lo incómoda que fuera la aplicación estricta de los patrones de la salud de la comunidad.

Gordon Wenham señala que, aunque “el Nuevo Testamento mantiene en alto la parte moral de estas normas contra la impureza, se suprimen cada una de las distinciones físicas simbólicas” que se mencionan aquí. Jesús tocó al enfermo de lepra, fue tocado por la mujer que sufría una hemorragia y dio vida a los muertos a través de un toque transformador. “Así declaró que estas condiciones que durante siglos habían separado de Dios al pueblo escogido por él ya no tenían importancia”.

Pensamiento 1: Versos 1-4

Retiro de Personas Inmundas fuera del Campamento. - Como Jehová, el Santo, habitaba en medio del campamento de Su pueblo, aquellos que estaban afectados con la inmundicia de la lepra (Lev 13), de un flujo de enfermedad, o de la menstruación (Levítico 15:2., Números 15) :19.), y aquellos que se habían vuelto impuros al tocar un cadáver (Números 19:11., cf. Levítico 21:1; Levítico 22:4), ya sea hombre o mujer, debían ser sacados del campamento, que no lo profanen con su inmundicia. La orden de Dios de sacar a estas personas del campamento fue cumplida de inmediato por la nación; e incluso en Canaán se observó hasta ahora, que los leprosos en todo caso eran colocados en casas especiales para pesticidas fuera de las ciudades (ver en Levítico 13: 45-46)

Pensamiento 2: Para los cristianos es posible caer en malos hábitos y actitudes. Sin embargo, nos sorprendemos al ver que aún existe un pecado remanente en nosotros. Por eso, cuando caemos, un sentimiento de derrota nos ataca e incluso es tentador excusarnos en las circunstancias: «**La vida es dura**», «**mi rutina está desordenada**», «**me siento solo o deprimido**». Con este tipo de frases, dejamos la santidad personal relegada al fondo de la estantería.

Por eso es importante que los cristianos recordemos el llamado bíblico evidente a buscar la santidad. No debemos permitir que nuestras circunstancias nos engañen y hagan creer que nuestra pureza personal no importa o que puede ser postergada.

Dios nos dice: «**Sean santos, porque Yo soy santo**» (1ª P 1:16. porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.). Debemos reavivar la búsqueda de santidad personal, no por algún sentimiento de culpa que tengamos, sino porque la santidad es la esencia misma de nuestro Dios. Al meditar en su santidad, seremos impulsados a imitarle. Entonces, si deseamos ser santos, reflexionemos primero en la santidad de Dios y cómo se relaciona con su evangelio.

Una visión de la santidad de Dios

Quizá el pasaje bíblico más conocido acerca de la santidad de Dios sea la visión de Isaías en el templo (Is 6). Allí la palabra «santo» para describir a Dios llama nuestra atención, pues es repetida tres veces. Pero hay una frase en el relato que suele pasarse por alto: «En el año de la muerte del rey Uzías» (v. 1).

¿Quién era Uzías y por qué se menciona aquí? El reinado de Uzías fue un tiempo de prosperidad en Judá. «Pero cuando llegó a ser fuerte, su corazón se hizo tan orgulloso que obró corruptamente, y fue infiel al SEÑOR su Dios, pues entró al templo del SEÑOR para quemar incienso sobre el altar del incienso» (2 Cr 26:16).

El sacerdote Azarías, junto con ochenta valientes sacerdotes del Señor, se opusieron al rey. Le recordaron que no le correspondía quemar incienso al Señor, sino a los hijos de Aarón, consagrados para dicha tarea. Pero Uzías se llenó de ira; y mientras estaba enojado contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente. Así quedó hasta el día de su muerte, «y habitó en una casa separada, ya que era leproso, porque fue excluido de la casa del SEÑOR» (2 Cr 26:21).

La santidad de Dios no es un juego

Uzías no entendía, ni le importaba entender, la santidad de Dios. Cuando fue confrontado con su pecado, su respuesta fue de ira. No tuvo vergüenza ni sintió temor por la presencia santa de Dios en el templo.

Cuando este rey leproso muere, el profeta Isaías recibe su visión: mira a Dios en su trono, alto y sublime. Los serafines a Su alrededor tienen tal temor y reverencia por este Dios santo, que dos de sus alas cubren sus rostros. ¡Ni siquiera se atrevían a mirar a Dios! La canción que entonan es: «Santo, Santo, Santo es el SEÑOR de los ejércitos, llena está toda la tierra de Su gloria» (v. 3).

El contraste entre Uzías e Isaías es sorprendente: Uzías entra a la presencia de Dios sin preocuparse, a la ligera, pero Isaías responde con reverencia y una confesión de su pecaminosidad. La santidad de Dios nos recuerda nuestra finitud y nuestro pecado. Por supuesto, la respuesta de Isaías se prefiere por sobre la de Uzías. El profeta es bendecido, pero Uzías es maldecido. La santidad de Dios no es un juego.

Sin embargo, cuando pensamos en la santidad de Dios, la mayoría de nosotros solo pensamos en la *pureza moral* de Dios. Ciertamente eso es parte de lo que significa que Dios es santo. Él es perfecto y sin pecado, como veremos más adelante. Pero su santidad incluye más que eso.

Estos son tres aspectos de la santidad de Dios que debemos tener en cuenta al reflexionar en ella y el evangelio:

Texto: «Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación.» (1ª a Los Tesalonicenses 4: 7).

Comentario del texto: 3–8. A causa del problema exegético envuelto en los versículos 3–8 y con el propósito de hacer ver la relación de las varias partes entre sí y a la vez con el todo, se hace necesario presentar estos seis versículos juntos, como una unidad, y hacerlo en tal forma que estas relaciones salten a la vista de inmediato.

Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación,

(a) **que os abstengáis de inmoralidad,**

(b) **que cada uno de vosotros sepa cómo tomar esposa para sí en santificación y honor, no en pasión de concupiscencia como los gentiles que no conocen a Dios;**

(c) **que (nadie) se propase de lo que es decoroso y defraude a su hermano en este asunto, porque vengador es el Señor en todas estas cosas, como anteriormente os hemos dicho y testificado solemnemente. Porque no nos ha llamado Dios a inmundicia sino a santificación. Por tanto, el que rechaza (este mandato), no rechaza a hombre sino a Dios que también os da su Santo Espíritu.**

Así pues, queda en evidencia de inmediato, de acuerdo a la más simple construcción (también la más lógica según creemos) que las palabras *Esta ... voluntad de Dios ... vuestra santificación* está en aposición.

Las tres cláusulas coordinadas (a-b, y c) se agregan para posterior ilustración (en otras palabras, son *cumbres* del concepto *vuestra santificación*. (Véase también en el versículo 9.) Están en aposición con ella y le dan cierta aplicación limitada. También (b) arroja luz sobre (a), (a) sobre (b), (c) sobre (b), y (b) sobre (c). Aunque (b) y (c) son paralelas entre sí y en cierto sentido también con (a), sin embargo, pueden ser consideradas como ofreciendo una ilustración específica de (a).

La cláusula “porque vengador es el Señor en todas estas cosas ...” modifica a (a), (b), y (c) como las palabras mismas *todas estas cosas* lo indican. El sentido de la cláusula es: Dios venga la inmoralidad, y en particular, el tomar una esposa en pasión de concupiscencia, y la maldad de propasarse de lo que es justo, el defraudar al hermano en asuntos de relaciones maritales. Dios castiga al hombre que rehúsa caminar por la senda de la santificación. Esto es verdad, “*porque* Dios no nos llamó a inmundicia sino a santificación”. La cláusula final—“Por tanto, el que rechaza (esta instrucción) no rechaza a hombre sino a Dios que también os da su Santo Espíritu”—revela que por cuanto fue Dios mismo que nos llamó en relación con la

santificación, quien se oponga a su amonestación, se opone rotundamente a *él* (véase sobre Juan 13:20; cf. 1 Sa. 8:7; Lc. 10:16), y es tanto más reprobable por cuanto el autor de la santificación es a la vez el gran *don* de Dios a la iglesia.

De lo que precede, entendemos que Pablo está discutiendo un asunto, no *dos*. Está discutiendo la *santificación*, y aquí en los versículos 3–8, en forma especial, el deber de cada uno de abstenerse de *inmoralidad*, como la que practican, por ejemplo, aquellos que en lugar de tomar una esposa y de hacerlo en forma tal que resulte en armonía con los requerimientos de la santificación, se dejan llevar por la lujuria; o, indiferentes a los límites de la decencia, entran en relaciones ilícitas, clandestinas, con la esposa o la hija de su hermano. Aunque el hermano que ha sido víctima de tales artimañas y así defraudado, no llegue nunca a descubrir el mal que fue hecho en contra de él, existe, no obstante, un Vengador, Dios (cf. Lv. 25:14, 17; Sal. 94:1). Esto lo había declarado Pablo en forma solemne cuando aún estaba con ellos.

Ojalá que los creyentes de Tesalónica, tan recientemente convertidos de un mundo en que semejantes prácticas pecaminosas prevalecían, tengan presente que fueron llamados para salir del mundo, y no con el propósito de cometer inmundicia. Que el llamado está en relación con la gran obra de *santificación* que el Espíritu Santo, don de Dios a la iglesia, está realizando en sus corazones. Respecto al nombre, carácter, venida, y obra del Espíritu Santo véase sobre Juan 14:16, 17, 26; 15:26; 16:7, 8, 13–15.

Esto, en breve, parece ser el claro significado de todo el pasaje (versículos 3–8). Existen, no obstante, ciertos traductores y comentaristas partidarios de un punto de vista, que en un aspecto importante difiere radicalmente del nuestro. Su perspectiva equivale a lo siguiente: que Pablo en este breve párrafo condena *dos* vicios, que son *inmoralidad* y *prácticas deshonestas en los negocios*. El versículo 6 lo traducen entonces como sigue (o en este orden): “que nadie se propase y engañe a su hermano en *negocios*”. Creemos, sin embargo, que la razón la tienen los que traducen: “que nadie se propase de lo que es decoroso y defraude a su hermano *en este asunto*”.

Nuestros argumentos para adoptar esta traducción, “que nadie se propase de lo que es decoroso y defraude a su hermano *en este asunto*” son las siguientes:

(1) Cuando se inicia un tema con tanto sentimiento, y viene un brusco giro hacia algo totalmente diferente (como “en negocios”), nos toma de sorpresa. Pablo está hablando acerca de la santificación, y en conexión a esto, sobre la abstención de la inmoralidad y la inmundicia. La *santificación*, la *inmoralidad*, y la *inmundicia*, son las palabras claves de todo el pasaje (versículos 3–8).

(2) El mandato, “que cada uno de vosotros sepa *tomar* (κτᾶσθαι *presente* infinitivo; por tanto, no es *poseer*, para lo cual convendría más bien el tiempo *perfecto*) una esposa (literalmente *vaso*, que es un término usado también por los rabíes para *esposa*) para sí en santificación y honor” indudablemente está apoyando la idea de que la πράγμα acerca de la cual Pablo habla en el versículo 6 es la de la pureza del sexo y relaciones maritales. Se debería elegir esposa para sí, y junto con esto, el poder santificador de Dios que es la motivación para dar a la esposa la honra debida, lo cual debería ser una realidad práctica. La maldad de defraudar vergonzosamente a un hermano (practicando la inmoralidad con su esposa o su hija) en lugar de tomar honestamente una esposa para sí, es aquí fuertemente condenada.

(3) Nuestra interpretación recibe también el apoyo de Pablo cuando dice en otro pasaje que guarda cierto paralelo: 1 Co. 7:2, y cf. versículo 39: a fin de no caer en la tentación de cometer inmoralidad el hombre deber tener *su propia esposa*. El matrimonio, además, ha de ser *en el Señor*.

(4) Los verbos a. *propasarse*, o *atravesar* o ser *más astuto que* (ὑπερβαίνω—εἶν, que ocurren solamente aquí en el Nuevo Testamento), ya sea usado intransitivamente (*propasarse de los que es justo*) o transitivamente (*ser más astuto que o engañar a fuerza de tretas al hermano*), y b. *tomar más que, tomar ventaja sobre, defraudar* (πλεονεκτεῖν), son muy adecuados en conexión con las prácticas inmorales en cuanto a relaciones sexuales. (No es correcto pensar que solamente se puedan aplicar a transacciones comerciales.) Tales pecados se practican comúnmente en *secreto*: el padre o el esposo no sospechan lo que está sucediendo y sus derechos son pisoteados; está siendo *defraudado*. Pero Dios lo sabe, y procederá como vengador!

(5) En ningún lugar del Nuevo Testamento la palabra πράγμα significa *negocio*, sino que su significado es siempre *cosa, asunto* (algunas veces, *hecho, práctica*).

1^{er} Título: Mandato Divino que el Siervo de Dios debe oír poro instruir. Versículos 1 y 2. Jehová habló a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel que echen del campamento a todo leproso, y a todos los que padecen flujo de semen, y a todo contaminado con muerto. (**Léase: 2^a a Timoteo 2:2.** Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros; — **Malaquías 2:7.** Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos.)

Comentario de 2^a Tim. 2:2: [2]. Tú, pues, hijo mío, fortalécete en la gracia (que es) en Cristo Jesús; y las cosas que has oído de mí entre muchos testigos, estas cosas encomiendan a hombres confiables, tales que sean capaces de enseñar también a otros.

Entonces, en vista de todo lo que se ha dicho en el capítulo 1—los ejemplos de fe y firmeza (Loida y Eunice, Pablo mismo, Onesiforo), el don del Espíritu Santo a Timoteo, la gran salvación que espera a quien persevera, el maravilloso llamamiento—que Timoteo *se fortalezca* (cf. 2 Ti. 1:6–8, 14; y en cuanto a la palabra misma, véase Hch. 9:22; 1 Ti. 1:12; 2 Ti. 4:17, y entonces Ro. 4:20; Ef. 6:10; Fil. 4:13) en esa gracia cristocéntrica que, como se señaló, le había sido dada antes de los tiempos de la eternidad (véase comentario sobre 2 Ti. 1:9). La fortaleza de Timoteo en la esfera de la gracia crecerá si

cultiva *el don* que la gracia le concedió. La exhortación nuevamente está expresada en un lenguaje de un tierno afecto como el de un padre con su hijo; nótese el énfasis: “*tú, pues*” y el llamamiento *al corazón*: “hijo mío” (véase comentario sobre 2 Ti. 1:2). Lo que el padre (espiritual, Pablo) quiere del hijo (Timoteo) se encuentra en los vv. 1–7. Lo que el padre espiritual, como ejemplo para el hijo, está haciendo, se describe en los vv. 8–10a. Lo que *todos los creyentes* debieran recordar constantemente con respecto al modo en que se recompensa la fidelidad a Cristo, y se castiga la infidelidad, se declara en forma muy clara en los vv. 10b–13, y ya está implícito en los vv. 4–6.

Ahora bien, una forma segura de fortalecerse en la gracia es transmitir a otros las verdades que se han anidado en el corazón y que son guardadas en la memoria. En conformidad con esto, que Timoteo actúe como maestro. Aún más, que produzca maestros. Timoteo necesita esta experiencia, y lo que es mucho más importante, la iglesia necesita maestros. Pablo está a punto de partir de esta vida. Por largo tiempo ha llevado la antorcha del evangelio. De aquí que ahora la entrega a Timoteo, quien, a su vez, debe pasarla a los demás. El *depósito* que fue confiado a Timoteo (1 Ti. 6:20; 2 Ti. 1:14) debe ser depositado en manos de hombres dignos de confianza. Además, deben ser hombres que sean *aptos para enseñar* a otros (cf. 1 Ti. 3:2), de modo que estos otros *también*, como su maestro, estén instruidos en la verdad redentora de Dios.

Esta verdad redentora o evangelio de salvación, que Timoteo debe transmitir, aquí se describe como “las cosas que has oído de mí entre muchos testigos”. Esta expresión indudablemente se refiere a toda la serie de sermones y lecciones que el discípulo había oído de la boca de su maestro durante el tiempo que estuvo asociado con él desde el día en que por vez primera se encontraron.

Muchos habían sido *los testigos* de esta predicación y enseñanza. Que Timoteo recuerde que el mensaje que ha oído de boca de Pablo le ha sido entregado *entre o en medio de* muchos testigos o personas que estaban siempre dispuestas a *apoyar* el testimonio del apóstol.

Comentario de Malaquías 2:7: En medio de esta advertencia, los vv. 4–7 contienen quizá la expresión más feliz del AT sobre el sacerdocio. En este pasaje se define la vocación sacerdotal como compromiso de “vida” (*jei*²⁴¹⁶), de “paz” (*shalom*⁷⁹⁶⁵) y de “justicia” (*mishor*⁴³³⁴); como un llamado de servicio y de reverencia a Dios; como un ministerio de enseñanza y proclamación de la verdad; y como una fuente de sabiduría divina. Cabe señalar que la representación del ministerio ideal incluye: (1) el temor del Señor (v. 5); (2) una correcta enseñanza de la Palabra de Dios (v. 6a); (3) un obediente andar con Dios, donde el ministro practica la verdad que enseña (v. 6b) y una labor pastoral efectiva con otros recuperándolos de las garras del pecado y haciéndolos volver a Dios mediante la exhortación y el ejemplo (v. 6c).

2º Título: Orden de eliminar lo contaminación por lo Omnipresencia Divino. Versículo 3. Así a hombres como a mujeres echaréis; fuera del campamento los echaréis, para que no contaminen el campamento de aquellos entre los cuales yo habito. (**Léase: Hebreos 12:1.** Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante.).

Comentario de Hebreos 12: Por medio de una serie de ejemplos tomados de la historia del pueblo de Dios, el escritor sigue exhortando a sus lectores. Anteriormente les había exhortado a perseverar en el cumplimiento de la voluntad de Dios (10:36); ahora les dice que corran su carrera con perseverancia y que miren a Jesús. Los creyentes de la época del Antiguo Testamento sólo tenían la promesa; en la época del Nuevo Testamento los creyentes tienen el cumplimiento de la promesa y, por consiguiente, ven a Jesús. **1. Por lo tanto, puesto que estamos rodeados por una nube tan grande de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba y el pecado que tan fácilmente nos enreda, y corramos con perseverancia la carrera que nos está señalada.** Los contemporáneos de los primeros lectores de Hebreos habían adquirido interés en los deportes. Los atletas competían en un estadio local, mientras que los espectadores se sentaban en gradas escalonadas alrededor de la arena deportiva. Si bien los cristianos quizá no estuvieran totalmente involucrados en esta actividad (ya que las competencias daban pie a excesos paganos), lo cierto es que ellos estaban totalmente familiarizados con los deportes de sus días. De allí que el escritor tome del mundo de los deportes las imágenes de los espectadores, la vestimenta y las condiciones de los competidores, y la competencia misma.

Nótese los siguientes puntos:

— **a. Nube.** El escritor se coloca en el mismo nivel que el de sus lectores. Él está junto a ellos, ya que él mismo es un competidor junto con sus compañeros de competencia, él mira a las gradas y ve una multitud de espectadores. El escritor de Hebreos los llama “una nube tan grande de testigos”. Esta puede ser una expresión idiomática que signifique lo mismo que nuestro término *una gran multitud*. La palabra *testigo*, sin embargo, tiene dos significados. En primer lugar, se refiere a una persona que contempla la escena que está ante él; sus ojos y sus oídos le dicen lo que está sucediendo. En segundo lugar, esta palabra significa que una persona es capaz de hablar acerca de lo que ha visto y oído.

Los testigos no están callados. De hecho, el escritor de Hebreos dice acerca de Abel, “y por la fe él habla todavía, aunque está muerto” (11:4). Los héroes de la fe que se mencionan en el capítulo 11 hablan, pero lo hacen por medio de las páginas de la Escritura. Ellos nos alientan, por así decirlo, ya que la carrera que corremos tiene que ver con la causa de Cristo. Por medio de sus voces bíblicas, ellos nos alientan en nuestra competencia de fe. Los testigos nos rodean, porque tienen interés en nuestros logros (11:40).

— **b. Estorbo.** “Despojémonos de todo lo que nos estorba”, dice el escritor. Él se fija en la indumentaria que usamos y en el estado físico en que nos encontramos. Para correr una carrera usamos ropa deportiva adecuada, que nos dé el peso

mínimo y la máxima comodidad. Y para que se nos considere como corredores, nos esforzamos por quitar toda gordura adicional, fortaleciendo nuestros músculos. Todo lo que es voluminoso en nuestros cuerpos debe desaparecer, ya que nos estorba en la carrera que corremos.

¿Cuáles son los impedimentos que nos estorban? Jesús dice: "Estad alertas, no sea que vuestros corazones estén cargados de disipación y embriaguez y de las preocupaciones de la vida" (Lc. 21:34). Y Pablo enseña: "Pero ahora vosotros debéis desprenderos de cosas tales como las siguientes: ira, enojo, malicia, blasfemias y lenguaje soez de vuestros labios" (Col. 3:8; véanse también Stg. 1:21; 1 P. 2:1).

— **c. Pecado.** Un estorbo no es en sí mismo un pecado, pero puede ser que, al molestar al contendiente, un estorbo se transforme en un pecado. El pecado enreda del mismo modo que una amplia toga que alcanzara el suelo enredaría a un corredor de los tiempos antiguos. Haced a un lado este estorbo, dice el escritor de Hebreos. "Quitémonos todo aquello que nos retrasa o nos retiene, y especialmente aquellos pecados que se enredan tan apretadamente alrededor de nuestros pies que nos hacen caer".

El escritor es bastante específico. El llama al pecado *e/pecado*. ¿Qué es lo que quiere decir? Él no contesta esta pregunta, pero otros pasajes de las Escrituras sugieren que el pecado de la codicia figura entre las primeras de las transgresiones humanas.

Recordemos que Eva cayó en pecado porque *deseaba* obtener sabiduría (Gn. 3:6). El último mandamiento del Decálogo prohíbe la codicia (Ex. 20:17; Dt. 5:21). Y este mandamiento sirve en realidad como resumen para indicar que los mandamientos que le preceden están dirigidos implícitamente en contra de la codicia del hombre. En su carta a los Colosenses, Pablo le llama idolatría a los malos deseos y a la codicia (3:5; véase también Ef. 4:22). Si bien el escritor de Hebreos se refiere a *e/pecado*, él mismo deja abierto el significado preciso de esta palabra. La intención de su exhortación es que debemos evitar el pecado, porque estorba nuestros movimientos en la carrera que debemos correr.

— **d. Carrera.** Cuando el escritor nos exhorta a "correr con perseverancia la carrera que nos está señalada", él hace eco de las palabras de Pablo: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe" (2 Ti. 4:7). Pablo dijo estas palabras al fin de su vida cuando ya sabía que se acercaba a la meta y que "la corona de la justicia" le aguardaba.

Nosotros, los contendientes, debemos correr la carrera con perseverancia. Nuestro objetivo es llegar a la meta. Pero mientras corremos por la pista que Dios nos ha señalado, mantenemos nuestros ojos fijos en Jesús. Él nos anima a perseverar en el torneo, ya que él ha corrido la misma carrera. Jesús es el que fortalece al corredor y le capacita para perseverar.

3er Título: Fiel cumplimiento o lo ordenado por Dios. Versículo 4. Y lo hicieron así los hijos de Israel, y los echaron fuera del campamento; como Jehová dijo a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel. (**Léase: 1ª de Pedro 1:14.** como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; — **Romanos 6:17 y 18.** Pero gracias a Dios, que, aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.).

Comentario de 1ª de Pedro 1:14: *Una advertencia*: [14]. Como hijos obedientes, no se amolden a los malos deseos que tenían cuando vivían en la ignorancia.

"Como hijos obedientes". Los que reciben una herencia casi siempre son los hijos de la persona que ha muerto y dejado un testamento. Nosotros somos llamados hijos, no por nacimiento sino por adopción. Entre los griegos y romanos del siglo primero, la adopción era algo bastante común. Un hijo adoptivo disfrutaba de los mismos privilegios que un hijo carnal, aun hasta el punto de compartir la herencia.

Los padres enseñan a sus hijos a ser obedientes, tanto así que la obediencia pasa a ser una segunda naturaleza de los hijos. Cabe esperarse la obediencia de los niños, pero no de los desconocidos. En sentido literal, Pedro llama a los destinatarios de su carta "hijos de la obediencia". Esta es una expresión idiomática semita que en traducción significa "hijos obedientes". Pero Pedro usa la redacción *hijos de la obediencia* para introducir el concepto de la *santidad*. La obediencia y la santidad son las dos caras de la misma moneda (véase vv. 2, 22).

"No se amolden a los malos deseos que tenían cuando vivían en la ignorancia". La semejanza entre lo que Pedro y Pablo escriben es inequívoca en este pasaje. Pablo dice a sus lectores: "No os conforméis a este siglo, sino que transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento (Ro. 12:2). No tenemos argumento para decir que un escritor dependiera del otro. Antes bien, ambos presentan la verdad con una redacción similar.

El mundo tiene su propio estilo de vida, al cual los creyentes se sienten atraídos muchas veces, pero Pedro les advierte que no deben conformarse a los malos deseos que se destacan en el mundo. Los escritores del Nuevo Testamento exhortan continuamente en sus epístolas a los cristianos a que rechacen el modo de obrar del mundo y que vivan en obediencia a la Palabra de Dios.

Pedro hace referencia aquí al trasfondo de algunos de los destinatarios originales de esta carta. Eran paganos que vivían en ignorancia y estaban separados de Dios (cf. Ef. 4:18). Desconocían la ley moral de Dios y por eso su conducta estaba gobernada por malos deseos. En contraposición a esto, el judío había recibido "la palabra misma de Dios" (Ro. 3:2) y sabía que su primer deber era obedecer la ley de Dios (Lv. 18:4-5; Dt. 6:4-6). Vemos aquí, entonces, que Pedro no sólo se dirige a cristianos judíos, sino también a lectores que antes habían sido paganos (véase 2:10).

El mandamiento formulado en términos negativos, *no se amolden* (v. 14) es una prohibición, en tanto que el precepto positivo *sed santos* (v. 15) en una exhortación. Pedro sabe que para sus lectores la tentación de volver a su conducta anterior es real y que algunos de ellos quizás hayan sucumbido. Por eso, les manda que dejen de hacerle caso a sus deseos pecaminosos y que en cambio entreguen sus vidas a la obediencia y a la santidad de Dios.

Comentario de Romanos 6:17-18: Nótese lo siguiente:

— a. "Gracias a *Dios*" Pablo no alaba a la iglesia de Roma por haberse vuelto a Dios; él da *gracias a Dios* por haberlos llevado hasta donde se encuentran hoy. Véase también 7:25; y cf. 1 Co. 15:57; 2 Co. 2:14; 8:16; 9:15; 1 P. 2:9. Sin embargo, él también reconoce con generosidad que esta gente ha obedecido "de todo corazón", es decir, no de un modo meramente formal sino con celo, al "modelo de enseñanza", esto es, al evangelio o sana doctrina, tal como se estaba proclamando en todas partes en la comunidad cristiana, tanto entonces como después. 1 Ti. 1:10; 2 Ti. 1:13; 4:3; Tit 1:9; 2:1).

— b. "(el modelo) al cual fuisteis entregados".

Hay quienes consideran que: "pero ... fuisteis entregados" es una *glosa* (inserción no auténtica), y que Pablo simplemente dictó las palabras: "vosotros erais esclavos del pecado, pero habéis sido liberados ..." Pero cualquiera que haya dedicado años al estudio de las epístolas de Pablo sabe que, si este razonamiento fuese correcto, uno tendría que encontrar cientos de glosas en estos escritos. La estructura de las oraciones del apóstol es muchas veces algo complicada.

Pablo no dice: "... al modelo de enseñanza *que aceptasteis*", sino (atribuyendo todo el honor a Dios) "al cual fuisteis entregados".

— c. "y habiendo sido liberados del pecado, habéis entrado al servicio de la justicia".

Para el creyente la libertad nunca significa pereza. Siempre significa oportunidad para servir. Nótese que los esclavos del pecado gozan (¿?) de una libertad que no merece tal nombre (véase v. 20). Por el contrario, los que han entrado al servicio de la justicia disfrutan de una verdadera libertad, a saber, la libertad del pecado; aunque no en el sentido de que nunca cometen más pecados, sino en el sentido que el pecado ya no es su amo!

Debemos ser liberados del pecado (6:17–18)

Pablo no está desanimado sobre la situación de los cristianos romanos. Él comienza positivamente, diciendo "gracias a Dios" que de hecho están siguiendo a Dios con todo su corazón y venciendo el pecado en sus vidas. Al mismo tiempo, al dar gracias a Dios, está afirmando que es la gracia de Dios, no su propia capacidad de vivir la vida cristiana, lo que les ha permitido apartarse de una vida de pecado y elegir vivir correctamente para él.

Dios merece todo el crédito por el hecho de que "antes eran esclavos del pecado" y ahora están liberados de esa esclavitud. Como dice el versículo 16, han obedecido a Dios y se han sometido a su obra salvífica en sus vidas. Sus días encadenados a los poderes de las tinieblas han terminado, y han hecho un compromiso de fe "sincero" (NVI "de corazón") con Cristo, lo que significa que se convirtieron radicalmente y se entregaron por completo a Dios.

El resultado de esta conversión es que han obedecido "al modelo de enseñanza que les fue transmitido". Dios los ha transferido del reino del pecado, de las mentiras que el mundo les había enseñado, al reino donde se les enseña y aprenden a obedecer sus verdades.

El "modelo de enseñanza" se refiere al patrón doctrinal que toman estas verdades, pero aún más a la forma en que la enseñanza cristiana moldea o da forma al creyente. Los cristianos ya no están bajo la ley, pero todavía tienen que seguir sus propias enseñanzas doctrinales. Muchos han designado al Sermón del Monte como una Torá cristiana, el nuevo "patrón" de las leyes del reino. Estas nuevas formas moldean a los creyentes y los guían en la nueva vida en Cristo.

He dedicado mi vida a mantener este "modelo de enseñanza", a poner a disposición de las iglesias un estudio bíblico serio. Estoy alarmado por la falta de estudio bíblico profundo que observo en las iglesias. Afirmamos creer que la Biblia es la palabra de Dios, pero la marginamos en nuestras vidas. Hay algunas grandes excepciones, como *Bible Study Fellowship*, pero son contadas. Estoy orando para que esta serie de comentarios logre el hacer que los tesoros emocionantes de la palabra de Dios y su "modelo de enseñanza" sean accesibles y deseables tanto para el pastor como para los laicos.

El versículo 18 reitera lo que Pablo acaba de decir y resume el capítulo diciendo: "habiendo sido liberados del pecado, ahora son ustedes esclavos de la justicia.". Los dos verbos son pasivos divinos, enfatizando a Dios como la fuerza central en la transferencia del nuevo conviértete del reino del pecado al de la justicia. Este versículo retoma el tema de la liberación o la libertad del vínculo del pecado, introducido por primera vez en 6:7 ("liberados del pecado").

Cuando cedemos al pecado, nos sentimos abrumados por el poder seductor del mal. Cuando respondemos a Cristo, elegimos convertirnos en "esclavos de la justicia". Es Dios quien nos permite hacerlo, y es el sacrificio de sangre de Cristo lo que lo hace posible. Dios nos ha llamado a una nueva relación consigo mismo y nos ha transferido del reino del pecado al reino de la justicia, permitiéndonos elevarnos por encima del pecado y vivir correctamente para él por medio de nuestras vidas. La "justicia", como en el versículo 16, tiene principalmente un sentido ético, que trata con los resultados de la justificación (declarada correcta ante Dios) y la santificación (hecha justa y santa [v. 19] por el Espíritu): vivimos en este nuevo estado y realidad espiritual en nuestra conducta diaria.

Amén, para la honra y gloria de Dios.